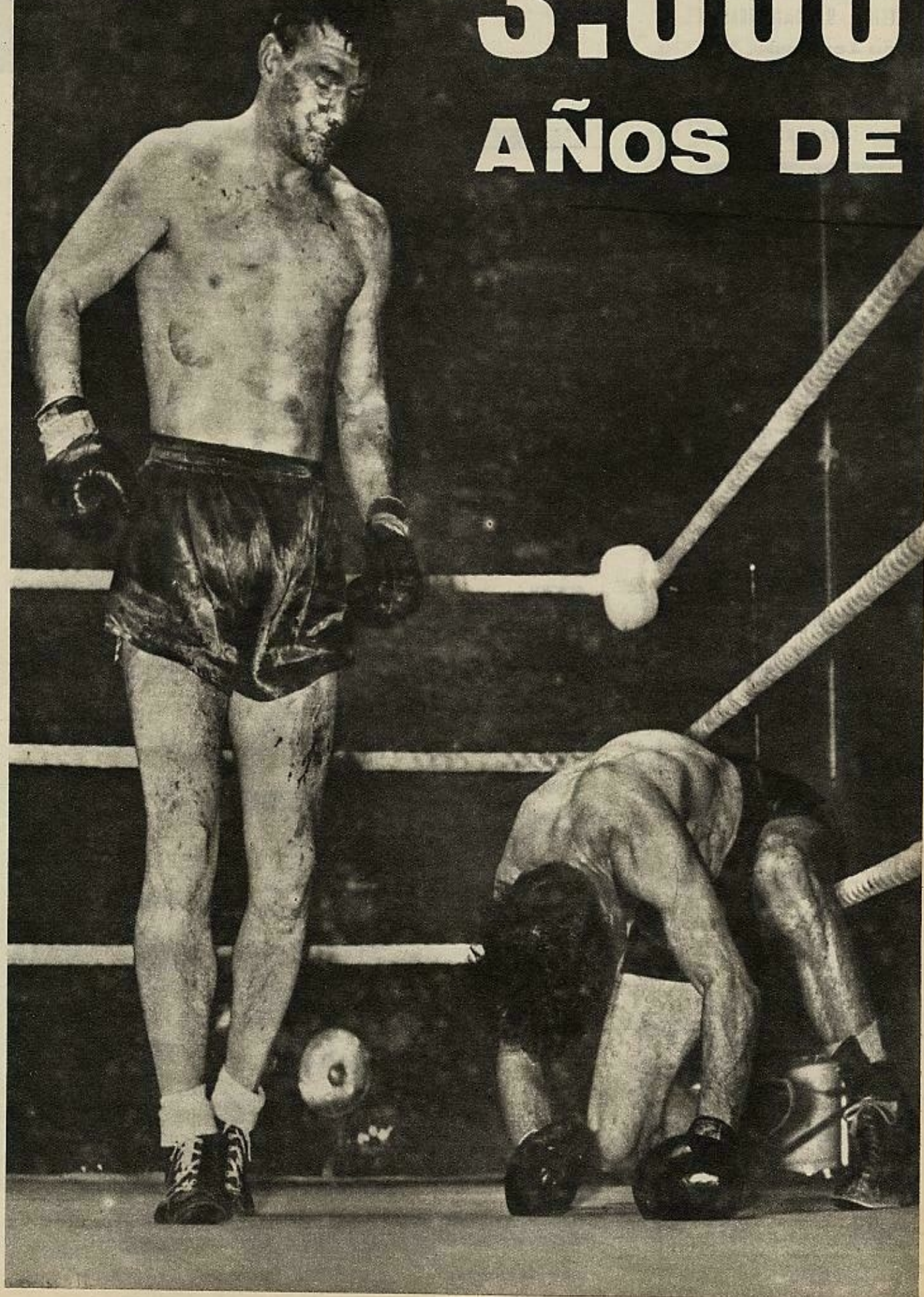


**3.000**  
**AÑOS DE**



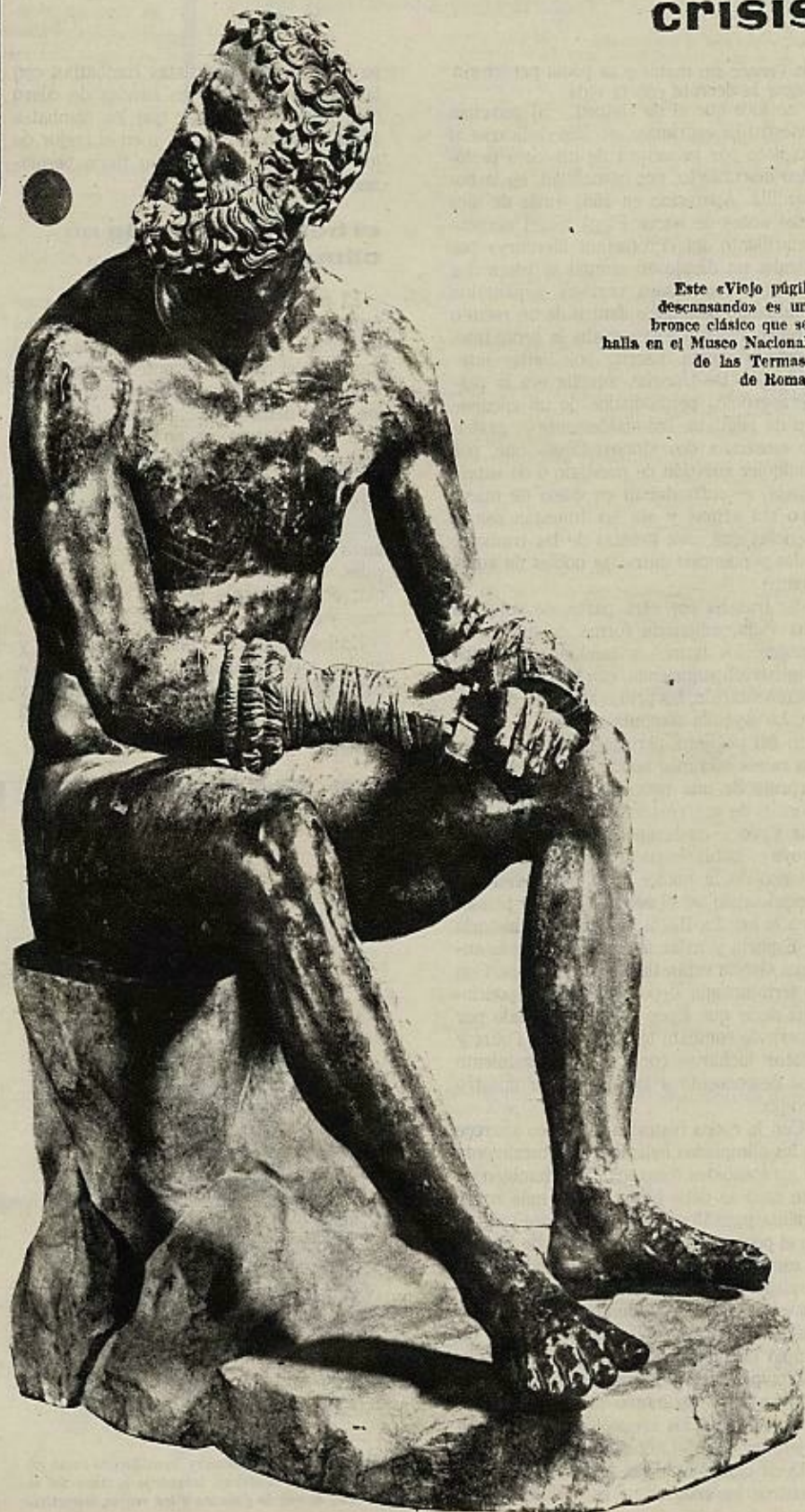
# K.O.

## historia sintética de un deporte en crisis

**J**AMES Figg era lo que se dice un buen tipo. Con sus ochenta y cinco kilos de peso, su metro ochenta y tres de estatura y un rostro que las gacetillas del tiempo habían definido como «masculino y voluntarioso» habría tenido de seguro su carrera asegurada si en los primeros años de 1700 hubieran ya existido el cine y la televisión. Sin embargo, el inglés —nacido en 1695 cerca de Oxford— se hizo igualmente un idolo para la multitud, uniendo su nombre a la historia del pugilato. Figg fue, efectivamente, el primer campeón de boxeo moderno: su fama se relaciona —tras un silencio de muchos siglos— con la de los más celebrados atletas de la Grecia clásica y de la Roma de los gladiadores.

En realidad, de él no sabemos mucho pero lo bastante para comprender que sobre aquella masa de músculos prominentes debía haber un cerebro despierto y rápido. Se comprende si pensamos quitó el rótulo a su palestra de esgrima para sustituirlo con otro que invitaba a todos a aprender el arte de la defensa personal con los puños desnudos: había nacido la primera escuela de pugilato que la crónica recuerda.

El mérito de Figg era la de haber comprendido que la supremacía del hombre sobre el hombre —hasta aquel momento confiada al sable y a la pistola— no se lograba exclusivamente matando al adversario, sino que bastaba ser mejor que él. No se deben olvidar que aquellos años eran los de Jorge I de Inglaterra y otros reyes inteligentes que dictaban severas leyes contra el duelo y contra un secular río de sangre por los motivos más fútiles y absurdos. Si los hombres llevaban en sí el prepotente deseo de ser más fuertes y mejores, que se desahogaran, pero sin usar otras armas que las facilitadas a todos por la Naturaleza: las piernas, para eludir el ataque del adversario, sólidos puños para reaccionar a la ofensa y una inteligencia lúcida para coordinar todas aquellas acciones y volverlas a su favor. Dos ojos hinchados —pensaba Figg— siempre son mejor que un vientre abierto por una hoja de acero: se po-



Este «Viejo púgil descansando» es un bronce clásico que se halla en el Museo Nacional de las Termas, de Roma.



## DE LOS GOLPES A MANO DESNUDA DE LA ANTI- GÜEDAD A LOS PUÑETAZOS MORTIFEROS DE HOY

día vencer sin matar y se podía perder sin pagar la derrota con la vida.

Se dice que el de Oxford —al principio maestro de esgrima— decidió dedicarse al pugilato por la lectura de un viejo periódico descubierto, por casualidad, en la buhardilla. Aparecido en 1681 (más de diez años antes de nacer Figg) aquel número amarillento del «Protestant Mercury» publicaba un dibujo en el cual se veían dos hombres con casaca cerrada y pantalón cambiando puñetazos dentro de un recinto alrededor del que se apiñaba la gente interesada y atenta. Escrita por Fetter ilustrada por De Hooghe, aquella era la primera crónica periodística de un encuentro de pugilato. Indudablemente el grabado mostraba dos «innovadores» que, por cualquier cuestión de prestigio o de supremacía, se enfrentaban en duelo de nuevo tipo sin armas y sin las funestas consecuencias que eran propias de las tradicionales pendencias entre los nobles de aquel tiempo.

Se trataba por otra parte, de volver a una vieja, milenaria forma de lucha: los griegos, los latinos y también los indios estaban allí sugiriendo, con una imponente documentación, las primeras reglas del juego. La leyenda remonta a Teseo la invención del pugilato, pero la mitología hunde sus raíces aún más hondo y haciéndose intérprete de una necesidad atávica y primordial de supremacía y lucha, nos revela que Epeo —en la época de la guerra de Troya— había luchado con su gemelo en el seno de la madre y lo había vencido, conquistando así el derecho de salir primero a la luz. La Iliada, la Odisea, la historia de Esparta y todas las aventuras de la antigua Grecia están llenas de pugilatos. Con la terminología deportiva de hoy podríamos decir que Epeo venció a Eurialo por «fuera de combate técnico» y que Polux y Cástor lucharon con un encarnizamiento casi desconocido a los púgiles de nuestro tiempo.

Con la época histórica, el boxeo aparece en las olimpiadas helénicas y naturalmente en los combates romanos. Pero también en este caso se debe ir de Grecia más hacia Oriente para llegar a su verdadero origen. En el poema indio «Ramayana», de Valmiki son exaltadas ciertas luchas capaces de derribar al adversario «como grandes árboles abatidos por el viento», mientras una mesita encontrada entre las ruinas de un templo en Mesopotamia —que representa dos púgiles «en guardia»— constituye el más antiguo testimonio de un encuentro de boxeo, pues los arqueólogos sitúan este objeto en tres mil años antes de Cristo.

Decir cuáles eran las reglas de tales encuentros legendarios no es posible; lo que

se sabe es que los atletas combatían con las manos envueltas en bandas de cuero con placas metálicas y que los combates acababan con la muerte, o en el mejor de los casos, con la anulación física permanente de los atletas.

### el boxeo dentro de un clima histórico

El pugilato de James Figg y sus contemporáneos no se diferenciaba mucho del practicado por sus lejanos precursores del medio y del cercano Oriente. La única novedad era que los púgiles combatían con los puños desnudos. E incluso este regreso a la pura Naturaleza no era por casualidad: se estaba en los albores del positivismo, la historia sustituía a la leyenda, los mitos dejaban el puesto a la ciencia. En este clima es indudable que la esgrima debiera declinar a favor de actos más naturales, que todas las ficiones debían cambiar en expresiones de vida más espontáneas y genuinas.

En los muelles de Londres, en cambio, y en los solares donde los neófitos iban a conquistar, a golpe de puño, sus laureles y sus medallas, se hacía muy en serio. El

punto final era la satisfacción de ser considerado el hombre más fuerte del mundo: un objetivo que excitaba a muchos jóvenes y exasperaba muchas pasiones. Un círculo (de aquí la palabra «ring») trazado en la arena, en la tierra o en la hierba de un prado era el terreno de lucha. En el centro dos gladiadores modernos, sólo vestidos con pantalones, se enfrentaban con los puños desnudos durante horas y horas hasta que uno caía, se declaraba vencido o, alguna vez, moría. Con mayor frecuencia era la noche la que ponía a todos de acuerdo e interrumpía el encuentro. Si en cambio era la policía la que hacía irrupción en el lugar, seguían arrestos, denuncias, procesos y condenas.

Las muertes, las lesiones y sobre todo el despiadado rigor de las autoridades al perseguir a aquellos que practicaban el pugilato y también los que lo promovían y ayudaban, impulsaron en 1834 a Jack Broughton —proclamado campeón de Inglaterra después de la muerte de Figg— a dictar nuevas reglas para hacer más «humanos» los combates. Es cierto que los puños seguían estando desnudos, y no existían categorías de peso, pero había algo nuevo: en los combates, aún a ultranza, cada vez que

## UN MAESTRO DE ESGRIMA, NACIDO EN



El marqués de Queensberry, considerado como padre del boxeo moderno, introdujo a fines del siglo XIX el uso de guantes y las reglas deportivas

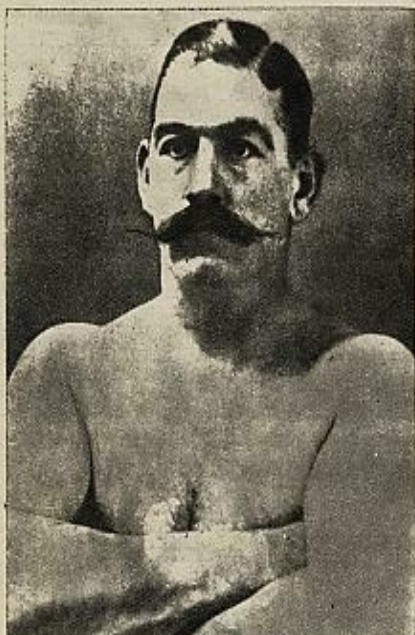


James Figg fue el primer campeón de boxeo. Nació cerca de Oxford, en 1665, era maestro de esgrima. Pesaba 85 kilos y medía 1,83 metros



El negro americano Tom Molineux desafia por segunda vez al inglés Tom Cribb en 1811. En once asaltos el púgil blanco puso fuera de combate a Molineux

## OXFORD EN 1695 FUE EL PRIMER CAMPEON DE BOXEO MODERNO



Sullivan ganó treinta combates en doce años. Fue vencido en 1892 por Corbett, que se convirtió en el primer campeón de pesos pesados

un atleta caía, por un golpe o por desvanecimiento, tenía treinta segundos de tiempo para levantarse y otros ocho para volver al centro del ring. La resistencia y el vigor seguían siendo —más que la inteligencia y la habilidad— los factores determinantes para la carrera de un púgil: no debe extrañarnos que aquellos precusores dedicasen mucho cuidado al rostro y a las manos intentando volverlas insensibles al dolor y más resistentes a las fracturas y a las laceraciones. Articulaciones, mejillas y nariz, frente y cejas eran tratadas con baños de ácido y salmuera, así que al final la piel parecía un cuero endurecido.

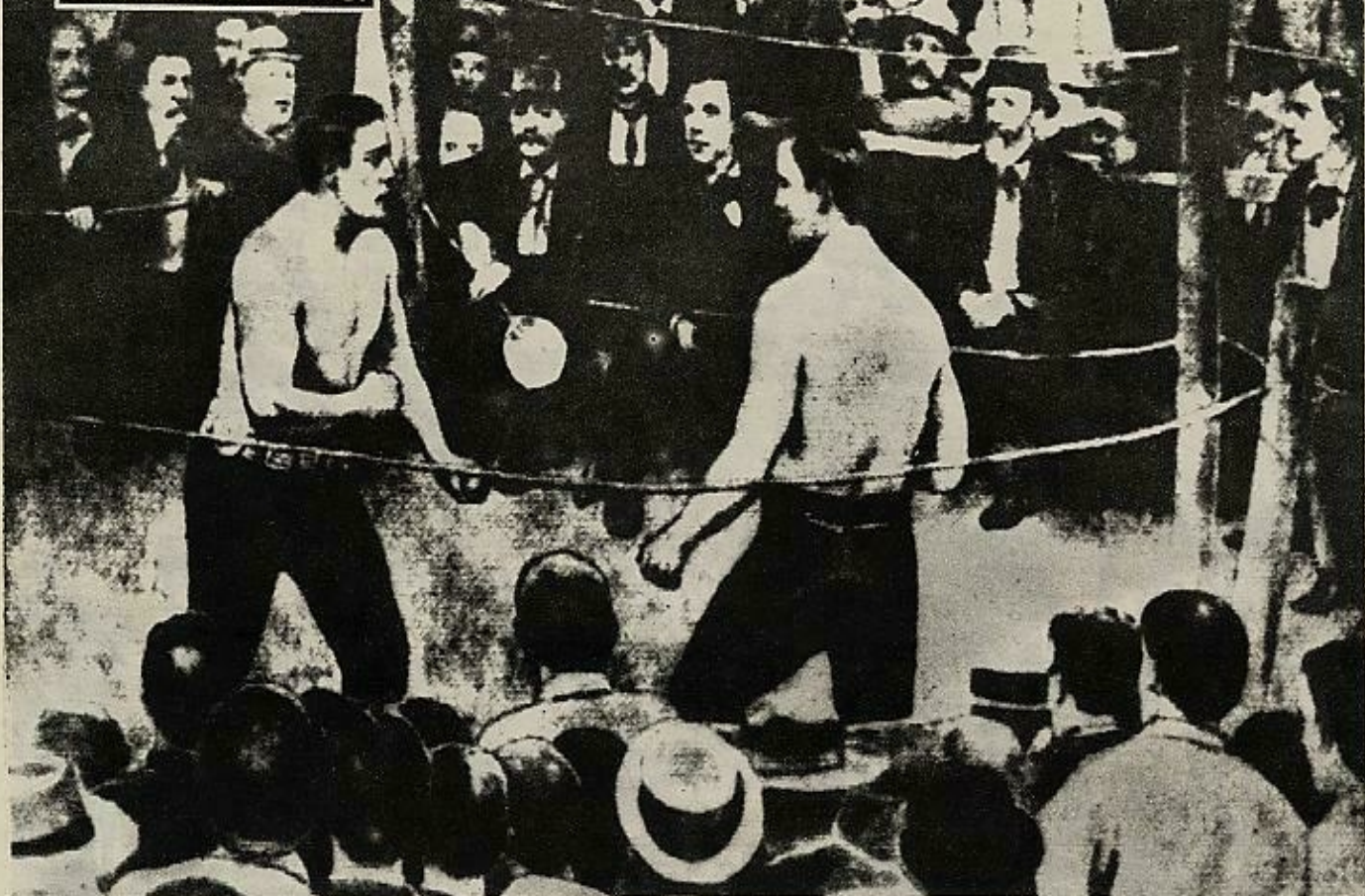
### se perfeccionan algunas normas

La posibilidad de una tregua de medio minuto después de cada caída, los medios estudiados para aumentar la resistencia física y para golpear con más eficacia, hacían que las cosas no estuvieran muy cambiadas con relación al pasado: los combates terminaban con frecuencia en que uno de los dos adversarios quedaba reducido a una ruina que a veces no volvía a recu-

perarse. Incluso un perfeccionamiento posterior de las normas, publicado en 1853 y que pasó a la historia como «London prize ring rules» no modificó sustancialmente la situación. Tanto es así, ya con las nuevas reglas fue cuando se registró, en 1855, el más largo combate con manos desnudas de todos los tiempos. Los dos gladiadores se llamaban Kelly y Smith: se batieron en Melbourne, del modo más salvaje durante seis horas y cuarto, tiempo que es muy superior al de una reunión entera de nuestros días en las que figuran normalmente cinco, seis y también siete combates. Lo que quiere decir que Kelly y Smith intercambiaron aquel día a mano limpia, tantos puñetazos como hoy bastan para doce o catorce púgiles.

Es indudable que en un mundo que iba lenta pero seguramente descubriendo los valores de la dignidad humana y el respeto de la integridad física, la cosa no podía ser tolerada por más tiempo. En 1886 fue declarado el pugilismo profesional como ilegal en toda Inglaterra y el Imperio. Aparte de consideraciones de orden moral, humanitario e higiénico, jugaba indudablemente un gran papel también una valora-

3.000 años de K. O.



El último encuentro, con los puños desnudos, entre John Sullivan y Jake Kilrain en 1889, en Richburg (Estados Unidos). Venció el primero después de 75 asaltos

## EN EL SIGLO XVIII LOS COMBATES DURABAN HORAS

ción de carácter político-social. Se había registrado una especie de sublevación general ante la comprobación de que el nuevo deporte no sólo igualaba las clases sociales, sino que claramente las invertía, mostrando, por ejemplo, a un joven noble mordiendo el polvo ante un cochero o un cargador del puerto, y además exaltaba la igualdad de las razas, ya que un título de campeón se ponía en litigio entre un representante de la civilizadísima Inglaterra y un esclavo negro de la lejana colonia americana. Y no era siempre el hombre de color el que llevaba lo peor.

### queensberry, el padre del boxeo moderno

Doblemente significativo es, por tanto, el hecho de que en defensa del boxeo y dando normas nuevas que lo hicieran más aceptable, encontremos un noble de sangre azul, un Par de Inglaterra, el marqués de Queensberry que será sin discusión considerado como padre del boxeo moderno. El «sportman» inglés hizo las cosas bien: aceptó los ataques lanzados contra el pugilismo profesional y se hizo paladín del

boxeo de aficionados. Comenzaron las verdaderas innovaciones: ante todo, los atletas debían combatir con guantes; después, estarían divididos en categorías de peso, de forma que no fuesen posibles los combates entre hombres muy distintos por estructura y fuerza física; los asaltos (los «rounds») tendrían la duración de tres minutos con uno de intervalo y, en fin, se estableció que el púgil caído por los golpes del adversario tendría solamente diez segundos a su disposición para volver a la lucha. Si no estaba en condiciones de hacerlo, perdería por «fuera de combate».

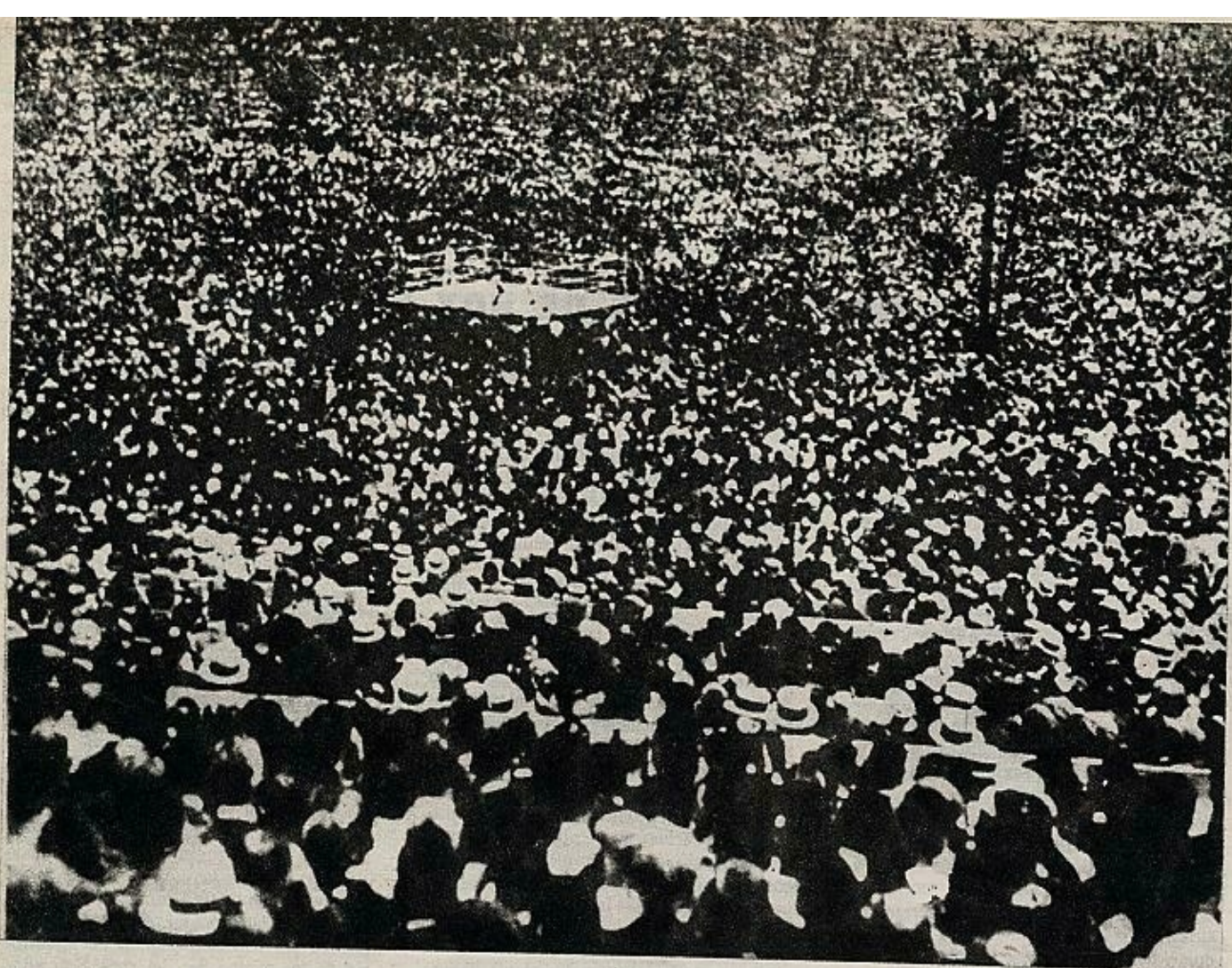
Por lo que respecta a la categoría de pesos, Queensberry las limitaba a tres: peso ligero, medio y pesado. La diferencia era aún muy grande, de forma que en los años sucesivos las categorías se multiplicaron hasta llegar al número de ocho: mosca, gallo, pluma, ligero, medioligero, medio, mediopeso y pesado. Las dos últimas subdivisiones formadas y aceptadas fueron la de mosca y la de mediopeso.

Pero las categorías no fue la principal innovación de Queensberry. Para la evolución sustancial del boxeo se había dado un paso importante al establecer la dura-

ción de los asaltos y las modalidades que sancionaban los «fuera de combate», o como dicen los ingleses, el «knock-out» o «K. O.». En un examen superficial, podían parecer ahora más crueles e inhumanos que aquellos que concedían al atleta treinta y ocho segundos para volver a la lucha. Pero no es así. La medicina había descubierto que las lesiones del cerebro y los traumatismos —tantas veces mortales— eran casi siempre debidos a la acumulación de los golpes más que a un solo puñetazo, aunque potente. Cuántos atletas caídos en tierra, pasados los quince, veinte, veinticinco, treinta segundos habían logrado volver a situación de lucha, yendo al encuentro de graves riesgos y de incluso la muerte. Se debía sustraer al atleta de tal suerte. Y es cierto, con las reglas de Queensberry, si el hombre caído no se levanta a los diez segundos, pierde el combate, pero también es verdad que salva casi siempre la salud y a veces la vida.

El innovador no fue más adelante: no previó la posibilidad de un juicio de méritos que al fin de un encuentro pudiera designar a un vencedor y a un vencido aun cuando ambos púgiles estuvieran en pie.

## EN 1893 DOS ATLETAS PELEARON DURANTE



Un combate histórico: Dempsey contra Carpentier, el 2 de julio de 1921. El francés fue arrojado a la lona en el cuarto asalto por el gigante americano

## Y CONVERTIAN EN UNA RUINA FISICA AL VENCIDO

En otras palabras, Queensberry consideraba que el pugilismo debía ser practicado a ultranza. Tanto es así que en 1893, en Nueva Orleans, dos atletas, Bowes y Burke se golpearon en 110 asaltos, esto es, durante siete horas y diecisiete minutos antes de que la oscuridad les mandara a sus casas con un salomónico juicio de igualdad que naturalmente dejó descontentos a ambos.

Todo esto ocurría en una mezcla de polémicas y de disputas verbales entre los detractores y los amantes del nuevo deporte. Theofilo Gauthier, por ejemplo, no desdaba empuñar la pluma para proclamar que «la más completa manifestación de fuerza humana es sin duda una lucha con las únicas armas dadas por la Naturaleza y en la cual no se podía ser cogido por sorpresa». Lord Byron había hecho más, frecuentando ostentadamente una palestra y practicando activamente el «noble arte».

### reconocimiento oficial del nuevo deporte

En 1880 bien pocos obstáculos se oponían ya a un reconocimiento oficial del boxeo como fenómeno deportivo y espec-

táculo de gran dimensión. Nacían las primeras asociaciones legalmente reconocidas, se fundaban las primeras Federaciones. En 1892, James Corbett y John Sullivan se encontraron entre las cuerdas del ring para disputarse el campeonato del mundo de los pesos pesados oficialmente reconocido. La tarde de aquel 7 de septiembre, Corbett escribía su nombre en la novísima historia del boxeo con guantes, después de aquellos cuarenta campeones que habían conquistado el título durante la época heroica de los puños en salmuera. Mientras Sullivan caía a tierra en el curso de veintiún asaltos, nacía un nuevo ídolo, Corbett, que mantuvo las fantasías durante cinco años, hasta aquel 1897 en que a su vez encontró en el formidable Robert Fitzsimmons un implacable justiciero. También las consecuencias de este último encuentro ciertamente contribuyeron a crear en torno al boxeo una atmósfera de pasión, un clima de tragedia griega si es verdad que el padre del vencido Corbett perdió todos sus bienes apostando por la victoria del hijo, y reducido a la miseria se mató después de haber sorprendido a su mujer en cierto hotel de Carson City mientras en las calles

enloquecían de orgullo los partidarios de Fitzsimmons.

### pedra de escándalo

En suma, se debía reconocer que el boxeo se había introducido por mil vías desconocidas, y por otra parte inexplicables, en la costumbre popular. Sin embargo, aún en los años siguientes —y mayormente en años más vecinos a nosotros— se alzaron voces y tesis contrarias a la práctica de este deporte, en los periódicos lo mismo que en los púlpitos y hasta en las salas de los Parlamentos. Diputados ingleses, belgas y suecos se han declarado con frecuencia contra tal manifestación de «bárbara brutalidad».

Polémicas que se mantienen sin haber arrancado hasta ahora una ley contraria, ni en Londres ni en Bruselas y menos en Estocolmo, donde ha sucedido el caso contrario: la abolición de un veto escolar cuando los suecos se dieron cuenta que muchos de sus atletas aficionados tendrían la posibilidad de afianzarse como profesionales.

Toda la discusión entre los defenso-

## MAS DE SIETE HORAS EN NUEVA ORLEANS



## LAS GRANDES FIGURAS DE HOY NO PODRAN CONVERTIRSE EN MITOS DE UN DEPORTE QUE LANGUIECE

res del boxeo y los que piden la abolición de esta disciplina deportiva es monótona. Se basa casi siempre en las estadísticas. ¿Cuántos han sido los boxeadores que han muerto en el ring o en un hospital después de un combate encarnizado? ¿Y cuántos los que, aún sobreviviendo, deben ser considerados larvas de hombre, sombras ambulantes, «weiche Birne», como dicen los alemanes y que significa «pera podrida»? Muchos, indudablemente. Pero se dice desde el otro bando, ¿cuántos hombres pierden la vida al volante de un auto de carreras y cuántos alpinistas no regresan de las caídas de sexto grado o de las grietas de los glaciares?

Quedaba y queda todavía, otro tipo de denuncia y de crítica: la de la Iglesia. Más que en estadísticas, ésta se funda en consideraciones morales. La tesis es sencilla: si las metas del hombre son su integridad física y su perfeccionamiento, no hay duda que el boxeo contraviene a ambos. Es cierto que en las pistas y en las montañas se muere, pero también es verdad que ni el piloto ni el alpinista van a buscar la muerte o la mutilación; para vencer, deben evitar todo lo que corte su carrera y su escalada. En el ring no se puede vencer sino reduciendo la dignidad y la integridad del hombre. Producir daño, dolor, menoscabo al adversario, no es un incidente, sino el fin, la finalidad misma que lleva al boxeador

entre las cuerdas del cuadrilátero. Sin contar que en el plano ético —repiten los teólogos— todo boxeador es ya un suicida potencial, porque los golpes que sufre apagan en él un cierto número de células —especialmente las del cerebro— así que todas las funciones psíquicas y físicas resultan dañadas.

Muy recientemente la Iglesia (en 1959) confirmaba en una publicación una intransigente oposición de principio al boxeo pero debía también reconocer que «ante la mentalidad general se debe pensar que la represión brusca, a base de leyes o de sanciones morales, correría el riesgo hoy de irritar, creando claramente en los creyentes menos sensibles a los problemas morales, tentaciones de rebelión. Quizá ahora será lo más prudente iniciar una enérgica campaña de opinión pública poniendo de relieve los aspectos humanos más intranquilizadores del problema. La condena vendrá gradualmente por sí».

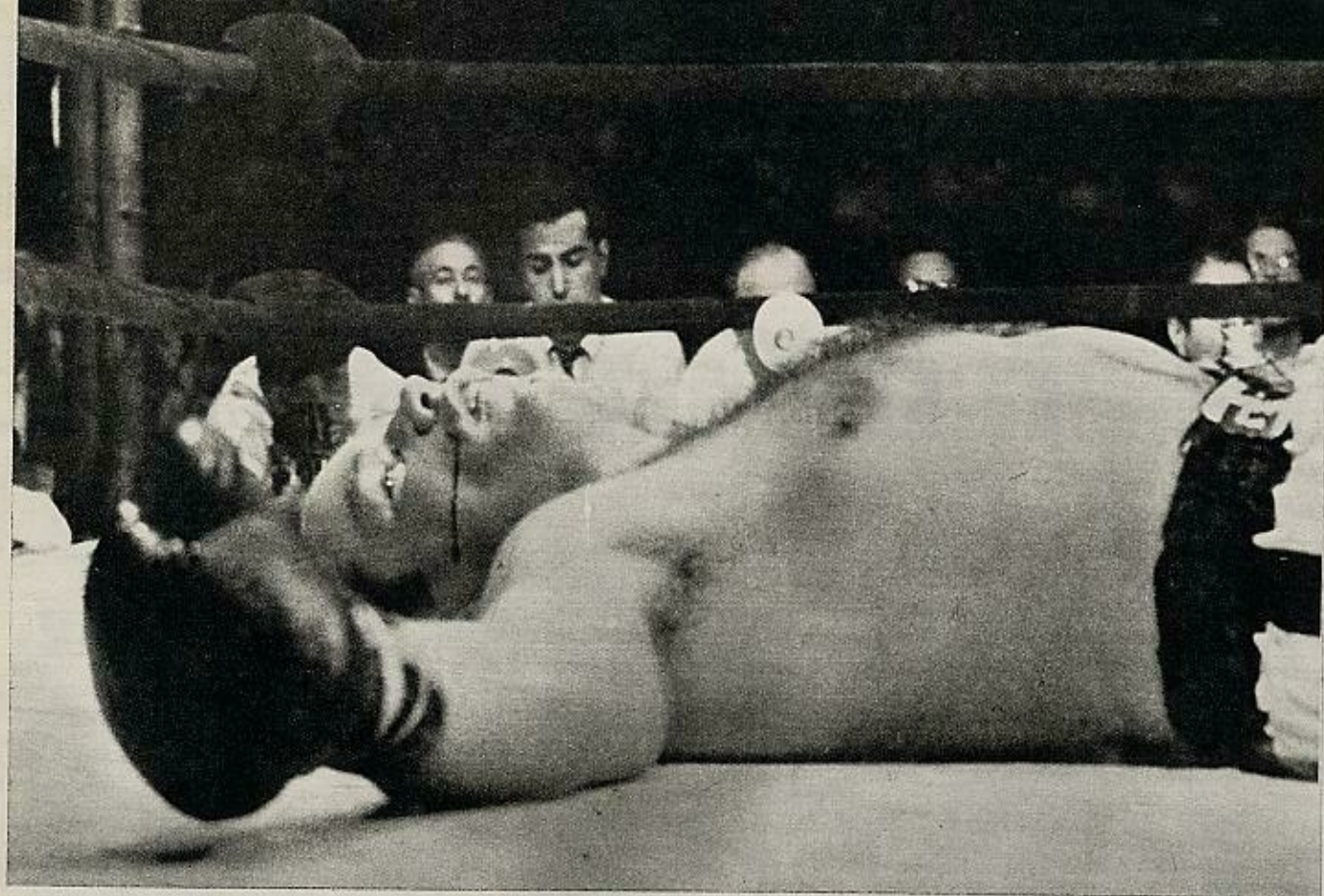
Hay en todo esto una indudable llamada a la conciencia —humana antes que religiosa— pero hay también la comprobación de que ni una sanción moral podría ya alterar la situación de hecho que hunde sus raíces en un instinto primario al cual se han sujetado además los intereses más dispares: económicos, sociales, nacionalistas, hasta de emancipación si es verdad que los primeros boxeadores de color

subieron al ring en su tiempo para conquistar de su amo, venciendo al siervo de un rival, la libertad. Esa libertad, llevaba consigo otras exigencias: vivir, ganar y en una segunda etapa, otras ambiciones: la gloria, la fama. La revancha, en una palabra, sobre un pasado milenarista de miseria y de humillación.

¿Qué podían hacer los partidarios de la tesis «abolicionista» ante tal reunión de manifestaciones atávicas y de intereses constituidos? La realidad es que cien mil personas dieron más de dos millones y medio de dólares para llenar, el 22 de septiembre de 1927, el estadio de Chicago, donde la inteligencia de Gene Tunney debía vencer una vez más (se trataba de un encuentro de revancha) a la superpotencia física de Jack Dempsey, también llamado «el toro de Manassa». A un récord tal de afluencia y de taquilla, antes nunca alcanzado, se había llegado a través de una progresiva participación popular en la historia de los campeones del ring. Seis años antes del gran encuentro entre Gene y Jack, todo París, la civilizadísima París, había pasado una noche insomne esperando el resultado del combate que en Jersey City ponía frente al francés Carpentier el entonces invencible Dempsey. Y tal era la espera que un gran periódico francés realizó un singular sistema de información soltando globitos de color: de un color era la

## LOS MAS FAMOSOS CAMPEONES DEL MUNDO

CATEGORIA	NOMBRE	NACION	AÑO	CATEGORIA	NOMBRE	NACION	AÑO
Mosca...	Jimmy Wilde.....	Inglés.....	1916	Welter....	M. Bud Smith.....	Estados Unidos....	1892
	Young Pérez.....	Tunecino.....	1931		Mickey Walker.....	Estados Unidos....	1922
	Peter Kane.....	Inglés.....	1943		Barney Rosa.....	Estados Unidos....	1934
	Jackie Patterson.....	Inglés.....	1943		Ray Robinson.....	Estados Unidos....	1946
	Pascual Pérez.....	Argentino.....	1954		Carmen Basilio.....	Estados Unidos....	1955
Gallo....	Al Brown.....	Panameño.....	1929	Medios....	Tommy Rian.....	Estados Unidos....	1898
	Xisto Escobar.....	Portorriqueño....	1936		Marcel Thil.....	Francés.....	1932
	Manuel Ortiz.....	Mejicano.....	1942		Tony Zale.....	Estados Unidos....	1940
	José Becerra.....	Mejicano.....	1959		Marcel Cerdán.....	Francés.....	1948
	Eder Joffre.....	Brasileño.....	1960		Jack La Motta.....	Estados Unidos....	1949
Pluma....	George Dixon.....	Estados Unidos....	1890	Medio-pesado....	G. Carpentier.....	Francés.....	1920
	B. Battalino.....	Estados Unidos....	1929		T. Loughram.....	Estados Unidos....	1927
	H. Armstrong.....	Estados Unidos....	1937		Joh H. Lewis.....	Estados Unidos....	1935
	Willie Pep.....	Estados Unidos....	1943		Gus Lesnevich.....	Estados Unidos....	1941
	Sandy Sadler.....	Estados Unidos....	1947		Archie Moore.....	Estados Unidos....	1952
Ligero....	Benny Leonard.....	Estados Unidos....	1917	Pesados...	John Sullivan.....	Estados Unidos....	1882
	Toni Canzoneri.....	Estados Unidos....	1930		Jack Johnson.....	Estados Unidos....	1908
	Lou Ambers.....	Estados Unidos....	1936		Jack Dempsey.....	Estados Unidos....	1919
	Ike Williams.....	Estados Unidos....	1945		Gene Tunney.....	Estados Unidos....	1926
	Joe Brown.....	Estados Unidos....	1956		Joe Luis.....	Estados Unidos....	1937



Uno de los mejores boxeadores europeos ha sido el alemán Max Schmeling. Este es, sin embargo, uno de sus peores combates: el que perdió frente a Neusel

victoria del compatriota, los otros su derrota. No debemos extrañarnos cuando leemos en las crónicas de la época que muchos parisienses lloraban por la calle cuando vieron volar los globitos que anunciaban la condena del orgullo nacional: Georges Carpentier, el boxeador más científico de la vieja Francia, había sido derribado al cuarto asalto por el furor salvaje de la joven América.

Los sermones, las polémicas, los anuncios, las estadísticas, la ciencia, todo parecía estar movilizado contra el joven boxeo, pero, delante de una multitud enorme, «el toro de Manassa» se enfrentaba entre cuatro cuerdas con un hombre (el ex cow-boy Jess Willard), que pesaba 25 kilos más que él y le sobrepasaba en estatura un buen palmo. ¿Y como extrañarse viendo que aquella multitud delirase ante el «pequeño» venciendo al coloso, rompiéndole las costillas y obligándole a abandonar antes del tercer asalto? David que humilla a Goliat, el hombre de estructura normal que tiene a sus pies al gigante: cada espectador se identificaba con Dempsey y gozaba con sus triunfos como en una revancha personal sobre el destino y la Naturaleza.

### una forja de ídolos

El boxeo ha sido —y es—, sin duda, también esto: una forja de mitos. Crea ídolos fuertes y valientes como todos los hombres quisieran ser, precisamente del mismo modo que el cine ha «producido» el fenómeno Valentino para satisfacer otra aspiración humana: ser bellos y amados. Y no nos parece inútil subrayar que Jack y Rodolfo pertenecen a la misma época; entusiasmaron, conmovieron e ilusionaron a los

mismos públicos. Es indudable que ambos son considerados un punto máximo en la parábola de una época heroica.

El hecho es que el tiempo corre en verdad muy rápido en nuestros días y no hay lugar para cultivar mitos: los sustituye la moda; el atletismo puro es suplantado por la especulación; el orgullo de vencer a los adversarios por ser más fuertes deja el campo a la ambición de alcanzar la cima de las clasificaciones esquivando los enfrentamientos directos más peligrosos. Los atletas son indudablemente valerosos y también, técnicamente, más preparados, los reglamentos se han hecho más precisos, los controles médicos más escrupulosos, los entrenamientos más racionales. Hoy un boxeador profesional tiene a su disposición un número bien limitado de asaltos para mostrarse mejor que su adversario (cuatro, seis, ocho, diez «rounds» en los encuentros normales, doce cuando se disputa un título

nacional, quince para los continentales o mundiales) y por tanto la posibilidad de concentrar mejor los esfuerzos y de organizar más inteligentemente los planes de batalla. No obstante las grandes figuras de hoy no pueden esperar vivir en la fantasía de las generaciones futuras como han sabido hacer sus antecesores de la época de los puños desnudos.

Preguntarse por qué, sería como querer ignorar que todo lo que tiene un principio debe tener un final. Del mismo modo que, un día, el boxeo sustituyó a la esgrima, otras manifestaciones atléticas y formas distintas de competición están destinadas a suplantarlo al boxeo que, sin embargo, ha sido definido como «el mejor metro para tomar la medida de los hombres cuando han sido desposeídos de todo, excepto de su orgullo y de su valor».

Carlos GRAFFIGNA

## CATEGORIAS Y LIMITES MAXIMOS DE PESO

CATEGORIA	EN KILOS	EN LIBRAS	AÑO	PRIMER CAMPEON
Mosca.....	50,802	112	1910	Jimmy Wilde
Gallo.....	53,524	118	1890	George Dixon
Pluma.....	57,152	126	1890	Billy Murphy
Ligero.....	61,235	135	1879	Arthur Chambers
Medioligero....	66,678	147	1892	M. Bud Smith
Medio.....	72,574	160	1884	Jack Dempsey
Mediopeso.....	79,378	175	1903	Jack Root
Pesado.....	de 79,379 en adelante	175 en adelante	1892	James Corbett